

# **LAS FLORES QUE SE LLEVÓ TIANANMÉN**

**Malena Baciero del Valle**

Ese día me levanté de la cama y hacía calor. Estábamos próximos al verano, y lo normal era que me levantara con las sábanas entrelazadas con mi pegajoso cuerpo. Estaba pensando en las clases que me tocaban ese día y la hora a la que debía salir de casa para no llegar excesivamente tarde, cuando mi madre entró estrepitosamente en mi habitación para contarme la noticia que acababa de difundirse por las calles de China. Y que, sin darme cuenta, sería decisiva para mi futuro próximo.

Hu Yaobang había muerto de un ataque al corazón esa misma noche. Hu era el secretario general del Partido comunista de China; y uno de los únicos críticos de las reformas económicas que estaba llevando a cabo nuestro líder en ese momento, Deng Xiao-Ping.

Era 15 de abril. Y a pesar de la noticia que asolaba el país, fui a clase convencido de que no era algo que pudiera llegar a importarme. Salí a la calle y vi un gran barullo de gente, que daba vueltas de un lado para otro, y torpemente se iba chocando con todo objeto o persona que se interpusiera en su camino.

Cuando llegué a la universidad, donde estaba estudiando Derecho, había un grupo de compañeros en una esquina hablando de forma casi inaudible.

Pensé que no era de mi incumbencia si estaban hablando con ese tono de voz; pero no pude evitar acercarme a ver que estaba pasando.

Cuando me acerqué, los oí hablar sobre las movilizaciones y manifestaciones que se estaban organizando para los próximos días, de las que iban a tomar parte activamente. Supuse que era algo peligroso si tenían que hablar sobre ello temiendo si alguien se enteraba, por lo que decidí evadirme del tema y pensar en mis propios asuntos. Que ya eran bastante graves.

Habían despedido a mi padre del trabajo. Era fontanero, por lo que los ahorros que teníamos no eran suficientes para poder llegar a fin de mes, y mi madre no podía trabajar debido al problema de espalda que llevaba arrastrando desde hace años.

Al ser el mayor de mis dos hermanos, me sentía en parte responsable de sacar a delante a mi familia. Mi cabeza no cesaba de darle vueltas, y ver cada día a mis padres con el rostro fruncido y cara de preocupación constante, me estaba haciendo polvo por dentro.

Dos días después, mientras que estaba desayunando, vino mi padre corriendo a la cocina y nos informó de la manifestación que se estaba formando en la plaza de Tiananmen. Fui a poner la televisión para poder verlo en las noticias, pero me rectifiqué a mi mismo cuando

me di cuenta de que vivíamos en un país donde la libertad de prensa era mínima, y era casi imposible que un acto de rebelión contra el gobierno fuera retransmitido en los medios de comunicación.

Mi padre había salido a hacer unos recados, y una fuente fiable de información le había contado las movilizaciones que iban creciendo en la mismísima plaza. Los manifestantes, que eran universitarios en su mayor parte, se reunieron para hacer un homenaje a Hu. Además, según la fuente de mi padre, estos pedían una mayor libertad de prensa, un aumento de la inversión en educación...

Pasaron los días, y las movilizaciones iban creciendo. Cada vez era más difícil llevar a cabo una vida normal. Además, yo contaba con que el tiempo corría en mi contra, teniendo en cuenta que se nos acababan los escasos ahorros que teníamos, y mis padres seguían sin trabajo. Tenía que conseguir hacer algo lo más rápido posible y traer a casa comida que se llevaran mis dos hermanos pequeños a la boca.

Busqué trabajo y dejé de ir a clase. Mi desesperación creció tanto que pensé en dejar los estudios para poder trabajar y mantener a mi familia.

Pasé días y días buscando algo en lo que trabajar; pero el aumento del paro y de la inflación lo hacía cada vez más complicado. La situación hizo que mi frustración creciera a cada día que iba pasando.

Las manifestaciones en Tiananmen provocaron la separación en el seno del gobierno, y el ala conservadora publicó un escrito en el Diario del pueblo, criticando a los manifestantes de enemigos del Estado. La publicación generó un aumento de malestar en la población, y tal indignación que el movimiento comenzó a radicalizarse.

En mayo comenzaron las huelgas de hambre de algunos estudiantes; algo que fue encubierto por el gobierno.

La situación en Beijing se fue agravando poco a poco. Parecía una broma de mal gusto, que justo en este momento tan complicado que estaba pasando mi familia, tuviera que enmarañarse de tal forma la situación del país.

Ya habían pasado dos semanas desde que se iniciaron las movilizaciones, y yo hacía tiempo que no veía a algunos compañeros de clase. Me acordé del día que fui a primera hora jadeante para evitar llegar tarde, y me los encontré haciendo un semicírculo, hablando en voz baja sobre lo que acontecería los días siguientes.

El gobierno estaba intentando zanjar el asunto, e intentó llevar a cabo negociaciones con los rebeldes, pidiéndoles que abandonara la huelga de hambre que llevaban cumpliendo desde hacía días.

La curiosidad sobre lo que estaba aconteciendo en las mismas calles de mi país iba creciendo. Una tarde en la que no paraba de darle vueltas a la forma de traer dinero a casa, decidí bajar a la calle a informarme yo mismo sobre lo que estaba ocurriendo. Cuando salí a la calle y me adentré en el centro de Beijing, me crucé con los cientos y cientos de personas agolpadas en la calle. Pregunté a una señora de mediana edad que me informara, y esta me contó que acababan de declarar la Ley Marcial.

Pasaron los días. Ver como cada vez más conocidos y familiares lejanos, vecinos, y compañeros de clase se iban uniendo a las manifestaciones para protestar contra la represión y situación económica que iba afectando a numerosas familias, me hizo querer informarme y meterme en el tema cada vez más. Mi situación familiar y económica, y la frustración por no poder conseguir cualquier forma de traer dinero a casa, me hicieron unirme a las movilizaciones que iban acrecentándose a medida que iban pasando los días.

Decidí unirme a las protestas el día 1 de junio. Se lo oculté a mis padres para no causarles ninguna preocupación más de las que ya tenían acumuladas, y salí sigilosamente por la puerta de casa, vestido de negro y decidido a unirme a los cientos de estudiantes que estaban en las calles. Cuando llegué al centro de la manifestación, me encontré casualmente con algunos compañeros de clase, y me decidí a unirme a su grupo. Sin embargo, pasaron los días, y sin que a penas nadie se diera cuenta de lo que estaba a punto de acontecer, llegó el día 3 de junio.

Me llamó mi madre por teléfono, pidiéndome por favor que volviera lo antes posible a casa, ya que acababa de ver por la televisión que el gobierno ordenaba a la gente que no saliera de sus casas, ya que tanques y vehículos acorazados se acercaban al centro de Beijing. Asentí con la cabeza, asustado, sin darme apenas cuenta de que mi madre no podía entenderme así por teléfono. Para no asustarla, la mentí y le dije que iba a ir a casa de Lucía a hacer un trabajo, y la prometí mantenerme a salvo sin salir a la calle en ningún momento. Colgué el teléfono a toda prisa y cientos de ideas comenzaron a rondarme por la cabeza. No sabía exactamente la razón de estar jugándome la vida en las calles, pero había algo que me impedía no hacerlo. Ver a mi alrededor a personas de todas las formas y edades me dio el impulso que necesité para seguir caminando.

Cientos de personas se agolparon en las afueras de la ciudad. Todavía no sé si fue un gesto de valor, humildad, o la peor decisión de su vida, pero ese día muchas de ellas no regresaron a su casa por la noche. Intentaron evitar el paso de los tanques y el ejército al centro de la ciudad, donde estaba el corazón de la manifestación.

Así ocurrió la primera masacre, dejando atrás y sin vida a numerosas personas. No me podía creer lo que estaba pasando. Ni que el gobierno hubiera sido capaz de tomar la decisión de atentar de esa forma contra los civiles. Miré a mi alrededor y pude ver a un padre

cogiendo a su hijo en brazos, intentando alejarse lo máximo posible de la masacre.

Me armé de valor y continué por las calles con un grupo bastante considerable de estudiantes. Cuando llegué al centro, a la plaza de Tiananmen, había una gran disputa entre los principales mandos de las movilizaciones. Algunos estaban a favor de abandonar, para evitar más muertes; mientras tanto, el bando contrario estaba a favor de mantenerse y no abandonar el centro.

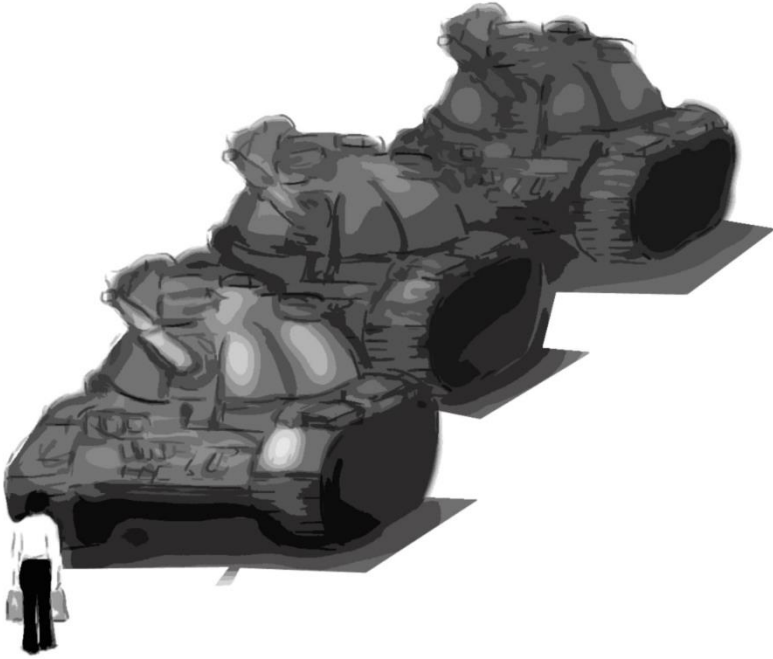
A pesar de que se intentaron hacer negociaciones con el ejército, algo falló. Los mandos superiores prometieron abandonar la plaza, y el ejército retrocedería. Sin embargo, sin que apenas nadie se percatase de ello, las balas comenzaron a volar por encima de nuestras cabezas. La gente corría de un lado a otro, atropellando a todo lo que se interpusiera a su paso. El ambiente era tenso. Cientos de personas querían huir de las balas y el ejército. Me alejé de mi grupo de conocidos y empecé a correr lo más rápido que pude.

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue mi madre. Le había mentido, haciéndola pensar que estaba sano y a salvo, y estaba a punto de perder la vida.

Tenía que evitarlo. No podía permitir morir y que mi madre se quedara con el peso de no saber que me había pasado durante toda su vida.

Me alejé del centro lo más rápido que pude, y me dirigí a la estación más cercana, ya que ir a mi casa que se situaba a las afueras era lo más peligroso que podía hacer en ese momento. El ejército no sabía quienes eran los rebeldes realmente, por lo que empezaron a arremeter contra todo el mundo, incluidos los manifestantes pacíficos, o civiles que iban paseando por la calle cuando les pilló la masacre.

Estaba a apenas unos kilómetros de la estación de tren a la que pretendía llegar, cuando caí al suelo en un segundo que se convirtió rápidamente en una eternidad. Me habían disparado en el brazo izquierdo, y el dolor se iba propagando por todo mi cuerpo, sin dejar ni una pizca de humanidad en mí.



En ese momento, se pasaron por mi cabeza miles de cosas inexorablemente. Mi vida entera pasó ante mis ojos. La cara de mi madre y el sonido del café burbujeante por las mañanas cada vez que se lo hacía mi padre. O los gritos de mis hermanos. Y algo nuevo para mí. Las caras de miles de personas agolpadas por un objetivo común:

acabar con el atentado que se estaba teniendo contra los derechos de todos los ciudadanos.

A pesar del dolor y arrepentimiento que en ese momento corrían por mi mente sin dejar paso a ningún otro pensamiento, un atisbo de orgullo pasó por mi cabeza. Lo correcto era que todos lucháramos por lo que creíamos merecer.

Miré a mi alrededor, cuando vi a un grupo de personas correr y atravesar la esquina. Giré costosamente la cabeza para ver tras de mí, y pude vislumbrar a un par de soldados que pisaban fuertemente, y se iban acercando hacia donde yacía en el suelo.

Agaché la cabeza y simulé no seguir con vida. Los soldados pasaron por mi lado sin apenas mirarme, y siguieron su camino. Probablemente en busca de más manifestantes, o quizás a huir de lo que acababan de cometer, y probablemente les pesaría el resto de su vida.

Pasaron las horas y el dolor se iba extendiendo por todo mi cuerpo. Estaba a punto de desfallecer, y no había nadie en la calle en la que me encontraba tendido en el suelo, inmovilizado. Oía gritos en la lejanía, acompañados del sordo oído de un disparo.

Abrí los ojos y me encontré en una cama descocida. Miré a mi alrededor, sin entender que había pasado. Cuando quise ir a moverme para poder levantarme, una chica de apenas 25 años se acercó a la cama con un vaso de agua.

Asustado, me mostré reticente y grosero. La miré de arriba abajo descaradamente, queriendo saber todo sobre ella. Pero, en un par de minutos, pude escuchar su historia. Me había encontrado tendido en la calle, y me había llevado clandestinamente a su casa, apartada del centro, y donde las movilizaciones no habían estado tan presentes.



Le pedí disculpas, y me mostré enseguida agradecido por, probablemente, haberme salvado la vida. Me bebí apresuradamente el vaso de agua, ya que probablemente llevaba horas sin beber absolutamente nada, y tenía la boca tan seca que me costaba articular palabra.

Cuando se me ocurrió preguntarle a la chica de pelo negro azabache que acababa de darme asilo y me respondió que llevaba más de dos días en cama, y tenía que ir corriendo al hospital a que me curaran la herida de la bala que había penetrado en mi brazo; me olvidé de la bala y del dolor que aún sentía en todo el cuerpo, y fui corriendo a llamar a mi madre.

Al otro lado del teléfono no había nadie. Varios pitidos que significaban que no había respuesta a mi llamada.

Seguí insistiendo incansablemente, pero nadie me cogía el teléfono de casa. En la televisión nadie retransmitía nada sobre lo ocurrido los días 3 y 4 de junio. El gobierno se estaba asegurando bien de tapanlo, y evitar que la noticia se propagase al resto del mundo.

Cuando ya habían pasado dos semanas y me sentí lo suficientemente fuerte para salir a la calle, me dirigí a mi casa. Cuando llegué, la puerta estaba cerrada y nadie contestaba al timbre. Me senté en un escalón a esperar, cuando la vecina del portal de enfrente me dijo que mi familia se había ido a casa de mis abuelos fuera de Pekín, al haberme dado por muerto tras lo sucedido en Tiananmen y las afueras.

No podía creer lo que estaba sucediendo. Mi familia me había dado por muerto, y no cesaba de echarle la culpa al gobierno y a la decisión de atentar contra la integridad de todos los seres humanos que únicamente habían salido a la calle a luchar por sus derechos.

Me dirigí corriendo a la estación de tren más cercana en dirección a casa de mis abuelos, en un pueblecito a las afueras del centro. Mi emoción por reencontrarme con mi familia después de dos semanas, y darles la noticia de que seguía con vida y estaba bien, me hacía olvidarme del dolor que aún sentía en el brazo que había recibido el impacto de aquella bala.

Llamé a la puerta, y me abrió mi abuela. Llevaba años sin verla, y lo primero que hice fue lanzarme a sus brazos, sin dejarla a penas articular palabra. Sin embargo, mi felicidad fue arrebatada en el momento en el que mi padre y mis hermanos aparecieron en la puerta. Fui corriendo a abrazarles y a rogarles perdón por el susto que se habían llevado las últimas semanas. En ese momento todos mis miedos se esfumaron, y me dejé llevar por el momento tan intenso y acogedor que la vida me estaba regalando.

El susto fue mío cuando mi padre me comunicó que mi madre había fallecido hacia una semana de un infarto al corazón. La noticia me paralizó el alma y el cuerpo.

No recuerdo el tiempo que pasé en la cama. Ese mes de junio, no sólo me habían arrebatado la dignidad, a mi y a todos los ciudadanos, si no también a mi madre, la persona a la que más quería y admiraba en el mundo.

A día de hoy, cinco años después, sigo acordándome de ese día como si fuera ayer. Como si el ensordecedor ruido de las balas me atravesara la sien, o como si los gritos de los cientos de personas no pudieran salir de mi interior. Las imágenes de las personas que perdieron ese día la vida recorren mi cabeza a sus anchas cada día y a cada momento. Y la pérdida de mi madre, no hace más que recordármelo. El hecho de que mi madre haya fallecido, con el convencimiento de que su hijo estaba muerto, era algo que jamás me perdonaría.

El gobierno se encargó de tapar e invisibilizar los hechos y la masacre que se llevó a cabo esos días. Sin embargo, en el corazón de todas las personas de China, las imágenes y el dolor siguen presentes. Desde ese momento, me prometí a mí mismo luchar siempre por lo que nos merecíamos y se nos había arrebatado: los derechos humanos.